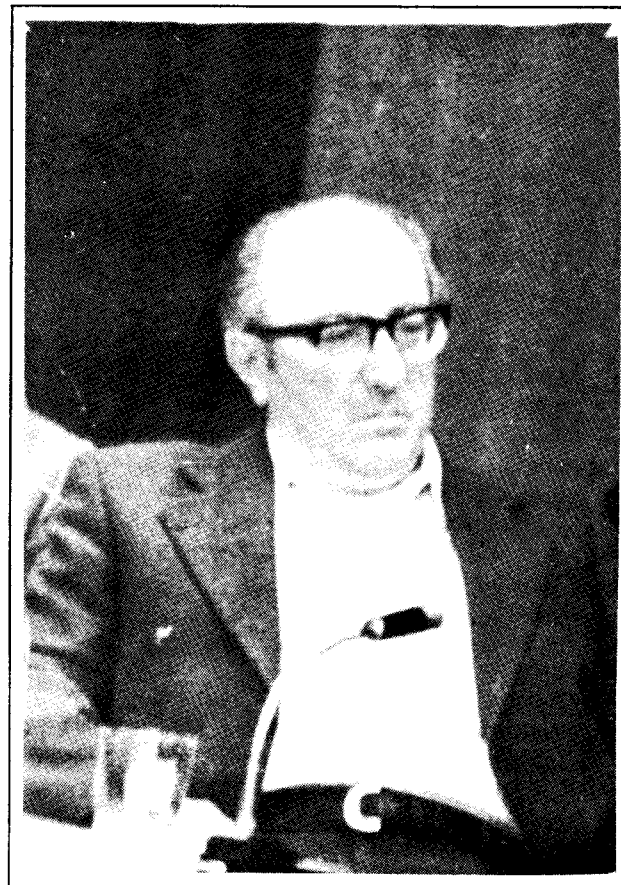


ALLENDE: ¿REFORMISTA O REVOLUCIONARIO?

Oscar Waiss. Escritor, periodista, figura destacada del socialismo chileno.



El 26 de Junio de este año 1985 se cumplen los setenta y siete años del natalicio de Salvador Allende. Y ya van transcurridos casi doce desde su muerte en combate. Es hora de comenzar a ubicarlo en su aporte real y con una perspectiva histórica.

Aunque no se trata de esbozar una biografía —helada y convencional— resulta necesario recordar algunos antecedentes elementales. Perteneció a una familia burguesa de buena situación: su padre fue abogado y Notario Público, desarrollando su actividad especialmente en el puerto de Valparaíso, donde sus hijos hicieron los estudios primarios y secundarios. Muy joven, Salvador ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, en Santiago, vinculándose a los grupos universitarios que se oponen al gobierno dictatorial de Carlos Ibáñez. Funda, con un puñado de universitarios, el Grupo Avance, integrado por estudiantes e intelectuales de izquierda, adhiriendo así a la ideología y a la filosofía del marxismo, aunque por otra parte ingresa a la Logia Masónica, impregnándose de un idealismo republicano.

Pensamiento Socialista No. 8 Frankfurt, 5-VI-1978.

Surge en la vida pública encarnando, pues, dos inspiraciones esenciales: una representa la aspiración nacional y democrática, mientras la otra refleja el volcamiento de nuestra generación —la del año 30— al marxismo o sea a la concepción de un camino revolucionario hacia el socialismo. En virtud de la primera se hace masón pero, en función de la segunda ingresa al Grupo Avance y, posteriormente, es uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933.

Desde aquellos años no dejó de militar jamás en las filas del socialismo chileno y ese es uno de los factores que deben apreciarse en toda exégesis certera; su perseverancia en la organización y la lucha es ejemplar y muy pronto deja de practicar la medicina para dedicarse plenamente a la actividad política; fue, sucesivamente, jefe de núcleo, o sea la primera base de los militantes socialistas, Secretario Regional de su partido en la provincia de Valparaíso, diputado por la misma zona, Ministro de Salud en el gobierno del Frente Popular encabezado por el radical Pedro Aguirre Cerda, Secretario General del partido, senador en varios períodos y cuatro veces candidato a la Presidencia de la

República, a la que accedió al fin limpiamente, elegido en votación inobjetable, el 4 de septiembre de 1970.

Como presidente de la república transforma el programa en acción e impone “cambios” profundos en las estructuras económicas y sociales, iniciándose un periodo que Fidel Castro definió como el “proceso revolucionario” chileno; esto significa que, manteniéndose aún el Estado burgués y las estructuras capitalistas, se impulsaba una transformación profunda encaminada a volcar todo el poder hacia las capas pobres de la población. Fue así como el gobierno popular aceleró la reforma agraria destruyendo la base social de la oligarquía terrateniente, expropió sin pagar indemnización alguna los minerales de cobre que estaban en poder de empresas transnacionales, arrasó con los monopolios y estableció el área social de la economía, nacionalizó los bancos comerciales, socializó el crédito y ejerció, en sus relaciones internacionales, su absoluta soberanía.

Hablando en la Plaza de los Héroes, de la ciudad de Rancagua, el día 11 de julio de 1971, para solemnizar el acto de recuperación para Chile de sus riquezas mineras, Allende expresó, enfáticamente, que estaba ahí para asegurarle al pueblo que cumpliría “implacablemente” su programa. De ahí la extraordinaria repercusión alcanzada por la experiencia chilena, pues ella no se limitó a un verbalismo infectivo, que suele caracterizar a las aventuras “populistas” en esta zona del mundo, sino que procuró avanzar hacia el socialismo imponiendo transformaciones y medidas que afectaban directamente los intereses del imperialismo y las empresas transnacionales, por un parte, y de la oligarquía terrateniente y la gran burguesía financiera y especulativa, por otra.

Enemigos y falsos amigos

Con posterioridad a su heroica muerte se han dicho y se han escrito muchas cosas sobre Salvador Allende y parece útil ir ya separando la paja del grano. Para los jefes del motín, como para los sectores reaccionarios y fascistas, representa la “encarnación del mal”; con escaso espíritu cristiano — pese a que sostienen defender los valores de la civilización occidental y cristiana — dejaron caer sobre su memoria una lápida de soeces distorsiones. En Chile, como en el resto de América Latina, la historia suele ser desfigurada y falsificada por los “sabios” burgueses, aunque tal método no resulta nunca suficiente para ocultarle al pueblo las grandes verdades. En especial el diario *El Mercurio*, vocero de los principales clanes económicos del país y que fue denunciado en el senado norteamericano como receptor de abundantes fondos destinados a preparar el golpe militar, no ha dejado calumnia por divulgar ni mentira por presentar, acerca de la figura y las actuaciones del mandatario asesinado.

Un pequeño sector de la ultraizquierda coincide con *El Mercurio* en la difamación organizada sobre Allende. Se trata, generalmente, de jóvenes burgueses de buenas familias que se sienten llamados por la divina providencia a la gran tarea de hacer una revolución y otorgarle sus resultados a la gran masa popular, como regalo generoso. Debemos hacerles el honor de reconocer que su diatriba se inició en vida del mandatario y que llegaron a convertirse, en pleno periodo del gobierno popular, en un obstáculo que se sumaba a los levantados por las fuerzas contrarrevolucionarias. No me refiero al factor subjetivo, a la intención o a la

conciencia, sino a los fríos y porfiados hechos que resultan indesmentibles.

Otro sector de la ultraizquierda, que no contribuyó precisamente al respaldo unitario que el gobierno popular requería, ha resuelto ahora “apoderarse” del recuerdo de Allende para utilizarlo como bandera de posiciones que él jamás compartió. Resulta que hoy es “ejemplar” el hombre al que denunciaban, en vida, como socialdemócrata y reformista. Ahora se dicen sus seguidores a pesar de que, durante los tres años de su gobierno, no cesaron de hostigarlo. No me refiero, por supuesto, a polémicas de tiempos pasados, muy anteriores al triunfo de la Unidad Popular, porque Allende fue uno de los protagonistas de esas agitadas polémicas y en ellas se debatieron con pasión los fundamentos de la acción política futura. A lo que aludo es a la conducta asumida durante los tres años de gobierno, pues en ese período se estaba decidiendo el porvenir de los trabajadores, y si bien era lícito criticar o discrepar, no lo era sumarse a la derecha para desacreditar y vejar al presidente. Es inmoral, desde un punto de vista político-revolucionario, reclamar la herencia popular dejada por Allende que se dirigió, al borde mismo de la tumba, en su último y dramático discurso, a quienes estarían llamados a “superar este momento gris y amargo”.

Sólo el pueblo es el dueño del recuerdo y de la tradición de Salvador Allende, circunstancia que se irá agigantando con el transcurso del tiempo. Y para su partido, el Partido Socialista de Chile, existe una perentoria obligación: depurar su perfil histórico, destacar su contribución al proceso revolucionario chileno y avanzar por la huella que él trazó, regándola con su sangre.

Entre los innumerables héroes que han jalonado la vida de nuestro partido, está el joven escritor Hector Barreto, segado en la flor de la edad por una emboscada fascista; él dijo una vez que “el color de la sangre no se olvida; es tan rojo, tan intensamente rojo”. Tal vez por eso el pueblo no olvida a sus combatientes que caen en la lucha demostrando con su sacrificio la plena entrega a los objetivos comunes. Los políticos de palabra son apenas la sombra de los políticos de acción. La sangre “intensamente roja” de Salvador Allende ha redimido, ante la conciencia de los trabajadores chilenos — y también del resto del mundo — todos esos “repliegues estratégicos” invocados, a posteriori, como excusa vacilante.

Su concepción de la lucha de clases

En los tiempos del Frente Popular Salvador Allende participó activamente en los debates que precedieron a su formación, intentó que se mantuviera la candidatura presidencial de Marmaduke Grove — como expresión del arrollador avance socialista — y cedió, igual que el resto de los dirigentes de esa época, a las múltiples presiones que impusieron la postulación de Pedro Aguirre Cerda.

Pero, a diferencia de otros socialistas, comprendió las limitaciones de una acción confiada al mando de un sector de la burguesía nacional y fue asimilando, a partir del año 1957, la concepción de un “frente de trabajadores”, con un programa audaz, capaz de gravitar seriamente en el juego democrático tradicional. El Frente de Acción Popular (FRAP), primero, y la Unidad Popular, después, fueron la expresión de una alianza estratégica que se sostenía princi-

palmente sobre el eje socialista-comunista pero que abarcaba, también, a importantes sectores de la burguesía inferior y de las capas medias, a través de la presencia de un fuerte sector del viejo radicalismo y de importantes grupos de cristianos cuya inquietud social sobrepasaba los tímidos escarceos de su partido base.

Salvador Allende tenía fe en el vigor de una acción sostenida por la clase obrera y sus aliados y trató de convencer a los dirigentes políticos de la izquierda para que unificaran sus puntos de vista; en su *Carta a los Jefes de los partidos de la Unidad Popular*, enviada en julio de 1972, expresó: "Si los partidos impulsan con decisión las tareas que se entregan al pueblo, para que él construya su propio destino, se producirá una movilización gigantesca y el enemigo tendrá que retroceder ante la fuerza de los trabajadores". Todos sabemos que la dirección pluripartidista y, en cierto sentido, también pluriclasicista, no fue capaz de actuar con la suficiente agilidad y esa falla no se le puede imputar exclusivamente a un solo hombre, porque ello implica una interpretación histórica retardataria y, en todo caso, extraña a la concepción marxista.

En una rueda de prensa efectuada en septiembre de 1972, el presidente recordó a un obrero que llevaba un cartel en el que se leía: "Prefiero comer un pan de pie que una gallina arrodillado". Señalando esa expresión de la dignidad popular dijo: "Esta es la fuerza del pueblo, la conciencia en que él es el factor de la historia, y este es su gobierno, por lo tanto sus errores, son sus errores, los errores de los trabajadores, porque este es el gobierno de los trabajadores".

Con una gran sencillez, Allende destacó ese día una gran verdad. Todo el movimiento popular chileno estuvo impregnado por un exeso de confianza en las instituciones

de la democracia burguesa y la clase obrera en su conjunto se había adecuado paulatinamente al juego de los reajustes periódicos de sueldos y salarios, al economicismo frustrante y al tira y afloja de los conflictos laborales. En los sindicatos se manejaban mucho más los textos de las leyes y los decretos que la literatura social. Los proletarios discutían con sus abogados los múltiples vericuetos de los juicios del trabajo incoados ante los tribunales especiales. Aún la masa campesina, incorporada algo tardíamente al engranaje del sindicalismo legal, mostraba preocupaciones similares.

Al impulsar los cambios estructurales que el gobierno popular logró concretar se estaba, pues, dando un salto "cualitativo" por encima de esas limitaciones. Los errores de los trabajadores, que señalaba Allende, y en consecuencia los errores de su propio gobierno, son la expresión de una época, de un sector de la sociedad, de una falta de madurez ideológica y política, de una debilidad teórica y práctica del equipo dirigente. Si los pueblos hacen su historia necesitan comandos políticos dotados de una gran capacidad de maniobra y de una efectiva flexibilidad para adoptar decisiones oportunas; no se trata de la figura mesiánica de un hombre, sino de la expresión popular mayoritaria; no se trata, entonces, de los "errores" de Allende, porque los errores, que fueron muchos y muy graves, son imputables a toda la dirección. Esa cuenta todavía no se ha rendido.

La Patria-Continente

Quisiera destacar otra dimensión de Salvador Allende: su vocación latinoamericana. El recogió los viejos sueños de Bolívar, cuyo anhelo unificador se derrumbó ante la lucha de fracciones y las rivalidades personales; sintió como pro-



pia la gesta del Che Guevara que quiso hacer de la Cordillera de los Andes, la Sierra Maestra de la revolución continental; llevó personalmente, a varios países de la zona —Colombia, Ecuador, Perú, México y Cuba— su mensaje unitario que sintetizó en un llamado a reconocer la “Patria-Continente”. Interpretó así, fielmente, la voluntad de nuestro partido, el Partido Socialista de Chile, que hizo desde su fundación una meta en el deseo de unificar la resistencia al imperialismo mediante la lucha común de estos pueblos colonizados. Hablando ante el Congreso Pleno de Colombia, el 30 de agosto de 1971, dijo: “Queremos un Estatuto del hombre americano para sentirnos, en realidad, hombres de un mismo pueblo, sin perder nuestra nacionalidad”. Al despedir a Fidel Castro, en diciembre de ese mismo año, durante una concentración realizada en el Estadio Nacional, terminó expresando “el anhelo de que ambos caminemos para luchar por la América libre que soñaron nuestros próceres”. En el Congreso Nacional de México, en diciembre de 1972, señaló: “Necesitan estrecharse más los vínculos con los amigos y con los pueblos hermanos de este Continente. Sabemos que estamos dentro de América Latina, y América Latina está inmersa en el Tercer Mundo; y que son muchos los millones de seres humanos, de distintos colores y razas, que viven, o nacieron en geografías tan desiguales, los que tienen la misma pasión y el mismo anhelo: hacer de sus pueblos y de sus patrias, pueblos y patrias independientes”. Idéntico sentimiento expresó el 4 de diciembre de 1972, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, recibiendo una ovación pocas veces conseguida en esa tribuna mundial.

Tuve la oportunidad de presenciar, integrando la comitiva del presidente chileno, la emoción suscitada en Colombia, Ecuador y Perú, por la oración americanista y continentalizadora de Allende; el sueño de Bolívar sigue alimentando las ilusiones de nuestros pueblos; Salvador Allende, un siglo y medio después, revivió la esperanza y se hizo intérprete del vehemente deseo liberador de los trabajadores latinoamericanos.

Conducta revolucionaria

Allende fue amigo de Ernesto Che Guevara y éste le regaló su libro “Guerra de Guerrillas” con una dedicatoria que decía: “A Salvador Allende, que por otros medios busca lo mismo”. Usaron otros medios pero terminaron en la misma forma, asesinados por los esbirros de la reacción y el imperialismo. Es que la revolución no se repite en diversas naciones, ni los caminos son los mismo, ni existen “modelos” esquemáticos para imitar. Los hombres sirven al progreso de la historia en la medida en que los pueblos han llegado a reunir los factores objetivos y subjetivos necesarios para cambiar su realidad agobiante. Los hombres hacen historia cuando saben interpretar la voluntad colectiva hasta ese momento aplastada por minorías privilegiadas. Cuando intuyen la hora, el minuto, el segundo preciso en que se desencadenará la lucha.

La trayectoria social de Allende está marcada por su adhesión a un proceso que se confunde con los avances orgánicos y políticos del proletariado chileno, de los campesinos, de los empleados y de las capas medias. Su despertar coincidió con la fundación del Partido Socialista de Chile y contribuyó eficazmente a su vertiginoso crecimiento.

Participó en la permanente polémica política y en los choques internos de su colectividad, con la misma pasión de todos los demás. Tuvo aciertos y cometió errores, en la forma habitual a todos los que fueron actores de esa etapa.

Ya nos hemos referido a los errores, que comparte con tantos otros. Hablemos ahora de los aciertos, o sea de su aporte vital a la acción emancipadora de los trabajadores chilenos.

Contribuyó desde su juventud a la organización y fortalecimiento del Partido Socialista de Chile lo que significa, por una parte, la búsqueda consciente de una respuesta nacional y democrática a los cuestionamientos económicos y sociales y, por otra, la adopción de un ideario marxista y revolucionario.

Asimiló la experiencia del Frente Popular y pudo convertirse en el abanderado de un movimiento en que gravitó principalmente el peso social de los trabajadores. Encabezó esa tendencia con una perseverancia incomparable y, conseguida la victoria electoral del año 1970, se afirmó en una posición de clase y transformó el programa en acción.

Pese a múltiples y constantes presiones, no cedió a los intentos de la burguesía nacional, representada principalmente por la Democracia Cristiana, y prosiguió el camino hacia el socialismo, intentando seriamente la sustitución de las estructuras capitalistas por una sociedad socialista.

Rompió las ataduras del país con el bloque imperialista, lo vinculó a los países no alineados y al mundo socialista y trató de forjar una conciencia latinoamericana para enfrentarse a la dominación foránea.

Comprendió la necesidad de la unidad de los trabajadores chilenos, centrada en el eje socialista-comunista, proyectado además hacia los sectores de la baja burguesía y las capas medias, aplicando en la vida real el concepto teórico de un “frente de trabajadores”. Interpretó, entonces, correctamente la significación de una alianza estratégica de clase, rechazando los pactos que implicaran la colaboración de clases.

Supo, finalmente, llegar al sacrificio supremo, muriendo en combate, para dejar su ejemplo como bandera intransigente de lucha a las futuras promociones revolucionarias.

Contestamos, ahora, la pregunta: ¿Reformista o Revolucionario?. Y lo hacemos categóricamente: un revolucionario cuya figura histórica seguirá creciendo con el tiempo. Más allá del criterio maniqueísta tan en boga, sin ubicarlo más allá del bien o del mal, interpretándolo como la expresión de una época y el abanderado de un pueblo, definimos a Salvador Allende como un revolucionario consecuente, honesto, valeroso y señero, cuyos errores emanan de circunstancias imprevistas y que no empañan la nitidez de su papel estelar; errores, por otra parte, que tampoco le pueden ser imputados a él exclusivamente, ya que recaen, más bien, sobre el conjunto de la dirección política, en un contexto muy complejo cuyo análisis servirá para futuras experiencias.

Lo que resulta intolerable es que se trate de explotar su sacrificio con fines utilitarios y mezquinos, por individuos o por grupos que, durante los años críticos del gobierno popular, no escatimaron los improperios y hasta las calumnias, y que hoy pretenden apoderarse de su efigie y de su ejemplo para reclutar seguidores. Tentativa pueril condenada al fracaso. Tal como lo dijo en su discurso final, al borde mismo de la tumba, el pueblo lo seguirá oyendo, y sus últimas palabras son como campanas entonando un requiem frente a los simuladores y los falsificadores.